



6– Karim de Baabec

Karim de Baabec contaba las caravanas. Nunca antes se había visto tanto tráfico a las puertas de la pequeña ciudad.

El cielo, entre terroso y plomizo, cruzado esporádicamente por rayos, daba a las murallas un aspecto inédito, metálico, frente al color habitual amarillo–sed. En las proximidades del palmeral una polvareda delataba el punto de concentración de las caravanas. Doce, contó. Ahora mismo, en Baabec podías comprar de todo.

A sus espaldas, el Caspio. La tormenta eléctrica, presagio del diluvio, vapuleaba las centenas de barcazas en la rada, obligándolas a un constante maniobrar para resguardarse del inminente aguacero. Un paisaje insólito en el que resultaba difícil encontrar los perfiles familiares de la ciudad, habitualmente adormecida, como anestesiada por el polvo.

Más allá, entre la ciudad y las estribación norcaucásica, creyó ver otros dos rastros de polvo en el camino de N'Brena, el primer caravasar de la Confederación en la ruta hacia Tashkent por Bukhara, a través de la nada, o por mejor decir, las arenas del Kara Kum turcomano.

Cambió a modo real. En el tiempo rápido, cuando una hora de metaverso equivale a 24 astronómicas, reales, la clave está en preprogramar milimétricamente los detalles. Tener previsto hasta lo imprevisto. No es fácil, por eso la mayoría de los jugadores prefiere el Tiempo Mitad, donde puedes rectificar los pasos del avatar sin grandes complicaciones. Pero hay cosas que piden modo real. Cuando tienes prisa pásate a real, reza el dicho. Y llegados aquí, Karim siempre se preguntaba cómo se lo haría la plataforma para sincronizar a los millones de jugadores traficando, batallando o desplazándose por Midle Age hasta en tres funciones temporales diferentes.

Secuenciar los pasos. Tener en la cabeza la hoja de ruta y no perder ni un segundo. Hablaría con la gente del palmeral. A fin de cuentas, El Alférez debía estar alquilando mesnadas enteras. Alguien habría oído algo. Disolver la caravana, pertrecharse, un caballo, preguntar. Esperemos que Ferenc lo entienda, se oyó decir a sí mismo.

Siguiendo la tradición turcomana, los negocios se cierran en los patios de la casa del cambista. Entre grupos de chiquillos que corretean, mujeres embozadas que aparecen como sombras. En modo real la definición se incrementa exponencialmente, cosas de la sincronización, los escenarios cobran vida y hasta, con un poco de imaginación, las narices se saturan de salazón y especias, olores entremezclados con el de las acequias desbordadas, más hediondas hoy que de costumbre. 130 camellos, 200 fardos. Seda y marfil.

Era una transacción nominal. La sociedad Haarko se limita a comisionar el porte ante el agente de Puerta. Cambistas.

—Tiene suerte Karim. Malmö es ahora una verdadera locura. Los precios en puerto están tirados, así que, como verá, nuestra comisión es una verdadera ruina.

No tanto, pensó Karim.

El cambista continuó.

—Así que los patricios compiten por cargar sus goletas, al rescate de activos y con el alma en la boca para llegar los primeros a los puertos de la Liga, antes de que todo haga crack. ¿De verdad, mi joven amigo, no quiere vender algo de su cargamento a este humilde y miserable padre de familia? La ruta del Dnieper pide telas, pide oro, pide lana. Pide y pide y no para de enviarnos hordas ansiosas de alistarse en alguna de las facciones.

—Lo sé. —Les había visto en el zoco, en la taberna, en la puerta de la lonja ofreciéndose a los mesnaderos de la Confederación. Rusos, escandios, turcos, chinos, germanos y drusos en una macedonia étnica armada hasta los dientes y que recordaba el tiempo de las cruzadas. Jugadores de fortuna atraídos por las ofertas laborales de las ciudades libres, ahora en el punto de mira de Timur. Los mesnaderos les palpaban los músculos, tasaban las armas, releían una y otra vez los pergaminos en los que se describía la licencia. ¡Caballos, quiero caballos!, gritaban y blasfemaban al escuchar que el infante venía sin ellos—. Por cierto, busco a un tal *Alférez*.

Moussa Pachá, el parlanchín representante de Haarko en Baabec, cerró los ojos con desagrado. Soldados, purria, mientras el espantamoscas trazaba lentas eses en el aire. Le entregó los documentos para pasar los fardos por el arco del fielato. Los hombres de Moussa Pachá los entrarían en la ciudad. Luego Haarko validaría la mercancía ante el agente de puerta y la entregaría al otro lado, en Malmö, al capitán Hakonson.

Sevillano dormiría en paz.

Karim cerró el trato entregando al cambista una nota urgente dirigida a Ferenc de Torum.

La avenida del fielato al palmeral era un zoco de personajes tan exuberante como la vida misma, desde cambistas de cierto nivel a truhanes y cortabolsas. Una sopa social por la que Karim se abría paso a empujones. Musta reconoció que le fastidiaba el cambio de plan. Le encantaba La Morgengruß, hablar con el viejo Witod, el humo de la pipa expandiéndose a popa. En menos de un día los fardos estarían en la sentina de la nao, lista para volar por el pasillo de Lübeck. Haarko sólo tendría que sellar y cobrar su parte. ¿Pero y yo?, se preguntó. A saber dónde estaría él.

—Hijo de puta —le espetó un guerrero propinándole un puñetazo en el pulmón. Era enorme y cubría su vestimenta de combate con una túnica de paño burdo. Nueva.

Karim se disculpó, recriminándose por no saber distinguir entre un automático, un avatar mecanizado por el tiempo rápido, y un real, un jugador metido en su mismo tiempo. A un automático le puedes pisar, empujar, insultar. A lo sumo lanzará una queja robótica y esbozará una mirada de diseño. Furia estándar, 3 puntos de agresividad, y seguirá impasible su camino. Un encontronazo con un real puede derivar en una disyuntiva. Y eso es peligroso, especialmente en tiempos oscuros.

Lanzó una última mirada al real. Desbordando el capuchón, unos rizos rojizos y una enorme cicatriz cruzando el rostro.

Extraño.

No tengo tiempo. Rápidamente se mezcló entre un grupo de porteadores. Empezó a correr. Las primeras gotas, espesas y negras, reposaron la marabunta de polvo en el palmeral.

Hay trucos para detectar reales en una marabunta de automáticos, o sims, como se les llamaba desde los tiempos otaku. Por ejemplo aullar «Allah—Akbar». De repente cientos de cabezas se vuelven al unísono

como movidas por autómatas. Las que no, las que siguen impertérritas negociando, son reales, claro está. Antes era más fácil, bastaba permanecer atento a las tiritonas reflejas del síndrome sim. Antes de los fractales, se entiende.

Entregó los documentos al jefe de la caravana. Ordenó a su esclavo comprar un buen caballo árabe y equiparlo con la malla, escudo corto, cimitarra y lanzas. Varios odres de agua. Agua. La vista se le fue al cielo, intrigado mientras la lluvia calaba la chilaba.

También extraño.

En el abrevadero encuentras a los que acaban de llegar. Rápidamente seleccionó a un circasiano, posible guía de caravanas, y a un mercader chino, comerciante.

—Quiero negociar —les dijo con rudeza.

El circasiano ni le miró. Con el chino hubo más suerte.

Se refugiaron de la tormenta en la haima del chino. Fuera el polvo era ya barro, y cientos de camellos bramaban asustados al ritmo de los rayos. Musta reconoció que en cuestión de detalles, Miyazaki lo bordaba.

El tío estaba como loco con Timur. Wang Xuance, un Miyazaki estricto. Algún coreano con licencia comercial de nivel 1 pantalleando a escondidas de la esposa desde alguna colmena de Kwangjiu. Un jornalero de la plataforma. Sólo le interesaba Midle Age.

—Sé quién eres Karim de Baabec. —Musta frunció el morro. No es bueno que te digan «sé quién eres» si te dispones a robar un caravasar—. He oído hablar de la flecha del Kara Kum. Me interesa tu opinión.

Al chino no le iban las prisas. Le tendió una taza de té.

—He hecho muy buenos negocios en los puertos caspianos, Wang Xuance. Mis aldeas tendrán un verano feliz, gracias a los dioses. Timur está lejos —y deliberadamente deslizó un enigmático— aún...

—El monzón le viene persiguiendo —coincidió Wang— y largo es el camino de Tashkent. Legiones de soldados se aprestan a la defensa de la gran ciudad de Samarcanda. He visto samurais, tártaros, templarios, rumis de todos los países. Subrutinas fortificando los muros de la ciudad. La Confederación se cree inconquistable.

—Pero no la ruta de Tierra Santa. Controlando la de Omán, Timur desplaza el flujo hacia los puertos caspios y, más allá, el Volga y el enlace al Don hasta el Mar Negro. Auguro malos tiempos para la economía de Pekín. Esta guerra les descapitalizará.

Siguieron hablando, Karim le contó las inmensas posibilidades que se ofrecían. El rescate de activos desabastecía Europa. Las barcas cruzaban el pequeño mar llenas de guerreros pero volvían de vacío.

—No te resultará caro embarcar. Incluso cargarán tus camellos a precio de pasajero.

Wang rió la ocurrencia.

—No está mal pensado, nada mal. Lástima de la tormenta— y se lió en una sarta de lamentaciones acerca del tiempo perdido que suponía aguardar a que el temporal remitiera—. ¿Y tú? ¿Cuáles son tus planes?

—Tashkent, Wang, esa es mi idea. Pero no sólo. Necesito escolta y todo lo que encuentro son niños con licencia de mil euros, sin experiencia y deseosos de aventuras. Busco al Alférez. Soy un hombre de negocios. Odio las aventuras.

El oriental sonrió.

—Esa información te costará.

—Te compraré dos camellos a precio de Pekín si tu información me es de utilidad.

Wang cantó.

Los nubarrones tapaban el horizonte pero el dedo del chino señaló las estribaciones caucásicas. En el camino de N'Brena, de noche, ojos codiciosos relucen en los desfiladeros. Quien abandona la caravana no vuelve. Dicen que es de los Asesinos, los que huyeron cuando cayó Azimut y el viejo de la montaña. Mala gente, Karim de Baabec, líbrate de ellos como de los malos negocios. Y añadió —si es que realmente odias las aventuras.